

los desafíos de la docencia universitaria en la actualidad

*armando alcántara**

No se necesita tener dotes de adivino para predecir que de continuar la situación actual de deterioro creciente del salario y de las condiciones del trabajo académico, la docencia universitaria no irá muy lejos.

Con base en mi experiencia como profesor y también por haber estado trabajando con grupos de docentes en los últimos años, quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre esta actividad, la que según Bourdieu debería ser "el primero de los oficios".

¿Cuál es el panorama que presenta la docencia en la mayor parte de las universidades públicas del país?

Parece prevalecer en nuestras instituciones de enseñanza superior un tipo de profesor agobiado por el alto número de horas que tiene que impartir a un también considerable número de grupos —también numerosos— para poder completar un sueldo que le permita hacer frente a sus necesidades más vitales.

La presión salarial le obstaculiza —y a veces francamente le impide— dedicarse de manera plena a los grupos a su cargo, así como verificar el aprendizaje de los alumnos, experimentar métodos más eficaces de enseñanza, actualizarse y superarse, tanto en lo que se refiere a los aspectos didácticos y pedagógicos, como a los de orden disciplinario y profesional. Asimismo, la conjunción de las actividades de investigación y docencia le resulta poco menos que inaccesible.

El dilema que se plantea a este tipo de docente es entonces cómo superar este desventajoso estado de cosas y poder responder a las necesidades de una práctica de la docencia que ofrezca a los estudiantes una formación basada en conocimientos socialmente significativos y que, a la vez, les permita contar con habilidades y herramientas para poder acceder por sí mismos a tal tipo de conocimientos. La carencia o la posesión de los conocimientos de mayor significatividad social, será determinante en las posibilidades de una inserción ventajosa o desventajosa en el mercado laboral.

Un considerable número de autores en el campo educativo han señalado que la expansión de las instituciones de educación superior en los últimos 20 años, provocó la incorporación de una elevada cantidad de maestros, que

no contaban con la suficiente experiencia docente y muchas veces tampoco habían practicado su profesión.

Los programas de formación y de actualización que de modos muy diversos han ofrecido las instituciones universitarias para intentar remediar o reducir esta problemática, no han tenido hasta ahora, de manera plena, los resultados que de ellos se habían esperado.

Una pregunta pertinente en este sentido sería: ¿qué tanto ha cambiado la docencia universitaria, desde el punto de vista cualitativo, por efecto de los programas de formación y actualización docente?, y más aún: ¿es posible transformar sustancialmente la práctica docente con el empleo de las actuales estrategias de formación y actualización?

La respuesta a las cuestiones anteriores tendría que derivarse del examen cuidadoso de los alcances y las limitaciones que hasta hoy han tenido las acciones, que con grandes o menores esfuerzos ha realizado la mayoría de las instituciones de enseñanza superior en las dos últimas décadas.

Las más recientes teorías del aprendizaje han llegado a la conclusión que éste aumenta cuando el estudiante es más activo, cuando se realizan actividades prácticas que son rápidamente retroalimentadas y cuando las metas y los objetivos están definidos con claridad. En este sentido, se requiere del desarrollo de métodos centrados en el estudiante; entre los que pueden mencionarse la instrucción tutorial, el estudio independiente, los contratos de aprendizaje, el aprendizaje experiencial, el método de proyectos y los cursos generados por los propios estudiantes. A éstos podrían agregarse también aquellos que se basan en la interacción, factor crucial para el aprendizaje, como los grupos de discusión, seminarios, estudios de casos, representaciones, juegos, simulaciones y grupos de encuentro.

La utilización de algunos de los métodos anteriores no ha de significar de modo alguno, un abandono o el desplazamiento de la responsabilidad del profesor o de la institución hacia el alumno, por el contrario, implica un compromiso mayor por el aprendizaje real del estudiante, así como por proporcionar las mejores condiciones para que éste ocurra.

Es necesario, entonces, que los métodos, las técnicas y los medios materiales permitan el desarrollo y la adquisición de conocimientos básicos, así como el entrenamiento eficaz en el empleo de las metodologías y los lenguajes más utilizados en las distintas disciplinas y en los sistemas modernos de información, que en la actualidad cada vez cobran mayor importancia. Se requiere que el alumno pueda ser capaz de identificar con precisión las características esenciales de un problema, de forma tal que con el uso adecuado de los sistemas de información disponibles y con las aptitudes de creatividad e innovación, pueda, ya en el campo profesional, proponer o adaptar soluciones adecuadas a las características del problema, interactuando en equipos disciplinarios e interdisciplinarios.

El perfil anterior, en mayor o menor medida, estará incluido en los currícula de las instituciones y dependencias en que laboramos. Sin embargo, cabe preguntarse en qué medida se ha logrado establecer dicho perfil, así como la participación que en ello ha tenido la práctica docente, tanto para propiciarlo como para obstaculizarlo. La respuesta a estos cuestionamientos se hace impostergable, si no queremos que la formación académica de nuestros alumnos se convierta en algo irrelevante frente a los requerimientos del mundo del trabajo y de cara a las pretensiones de contar con una cultura lo suficientemente rica como para comprender los vertiginosos y dramáticos cambios que experimenta —y seguirá experimentando— nuestro mundo en la actualidad.

En este mismo orden de ideas, otro problema sobre el que me interesa reflexionar es el referido al trabajo colectivo de los docentes. En el fondo de sus implicaciones está la posibilidad de la autodirección académica de las instituciones educativas y la capacidad para establecer nuevas formas de relación horizontal que conduzcan a un fortalecimiento en los ámbitos disciplinario y profesional.

No obstante los retos que afrontan las universidades públicas frente a los procesos de producción y distribución mundial de conocimientos, atraviesan por situaciones generalizadas en que las restricciones presupuestarias han alcanzado niveles casi sin prece-

dentos. Uno de los efectos más evidentes de tales situaciones ha sido la caída acelerada de las percepciones económicas del personal académico en todos los niveles del sistema educativo nacional.

Dicho estado de cosas, además de provocar situaciones como las anotadas al principio de este trabajo, puede conducir en ocasiones a la integración del profesorado en busca de mejores niveles salariales y condiciones para el desarrollo de las actividades académicas, pero también puede provocar la aparición de actitudes de desaliento, autocomplacencia y de pérdida de confianza en el trabajo colegiado. Así, en los últimos años hemos sido testigos del deterioro gradual del trabajo de academia, que en sus principios llegó hasta a ser considerado por núcleos de profesores muy ideologizados como el inicio de la autogestión. Sería de mucha utilidad para el esclarecimiento del deterioro aquí anotado, la revisión rigurosa de las experiencias que en este sentido intentaron constituirse en colectivos magisteriales, pero que en el paso del tiempo, por factores de índole diversa, terminaron desintegrándose o bien se convirtieron en cotos de poder faccioso o burocrático.

La intención de estas reflexiones ha sido contribuir al esclarecimiento de dos de los aspectos que integran la compleja problemática por la que atraviesan muchas de nuestras instituciones de educación superior. Lo que subyace en ambas consideraciones sobre la práctica docente es la necesidad de tener en cuenta que, junto con la lucha por el logro de mejores condiciones para el desarrollo del trabajo académico (empezando por el aspecto salarial), se refuercen continuamente las actitudes positivas del personal académico hacia el logro de una formación de calidad.

Hoy, la defensa de la universidad pública mexicana exige un indeclinable compromiso por elevar la calidad de las actividades que llevan a cabo tanto los investigadores como los profesores. Esto será posible sólo si evitamos que la inercia, el desinterés y el desaliento tomen el mando de nuestras instituciones educativas.

* Profesor del CISE-UNAM.

